

## Homilía del 18 de septiembre de 2011

Cuando yo tenía catorce años de edad, trabajando en la tienda de comestibles de mi familia, aprendí muchas cosas, y mucho de lo que aprendí no era sobre surtiendo y vendiendo comestibles. Un día un hombre muy alto trajo sus comestibles a la estación donde yo estaba trabajando como uno de los cajeros. Esto, por supuesto, era antes de los tiempos de básculas digitales y valoraciones digitales de comestibles. Cuando pesé el repollo (col) y él vio la cantidad que le cargué, dijo, «Usted me ha cargado un centavo de más». Chequeé otra vez y dije, «No, eso es correcto según la escala». El hombre se volteó, dejó sus comestibles en el mostrador, y abandonó la tienda. Yo, confundido e indignado, fui al otro mostrador donde estaba otra cajera, una señora muy buena. Cuando le acabé de contar lo que había sucedido, ella me dijo, «Hijo, de su altura la cantidad parecería diferente, por eso pensó que cobrabas más de lo que debías».

La manera que vemos muchas cosas en vida depende del contexto y de nuestra perspectiva. El Evangelio de hoy es uno de éstos. Constantemente cuando mis estudiantes de Iowa State leyeron este pasaje, respondieron exactamente en la manera que respondieron los trabajadores contratados en el amanecer: «Que no es justo. ¿Los que trabajaron solamente una hora fueron pagados tanto como los que trabajaron todo el día?» Su respuesta es comprensible: desde su perspectiva y desde su contexto, una persona que hubiese trabajado duro desde el amanecer hasta el atardecer en el calor del día observaría a alguien que había trabajó solamente una hora en la parte más fresca del día recibir la misma cantidad de dinero que él.

Pero mis estudiantes estaban pensando de la historia como un acontecimiento semejante a una historia en un periódico. Olvidaban que la historia es una parábola, una historia contada para ilustrar un punto, y que tiene un contexto. En el Evangelio de hoy Jesús les cuenta a sus discípulos una historia para enseñar una verdad. Jesús introduce esta parábola con estas palabras que proveen el contexto : «El Reino de los cielos es semejante a un propietario que, al amanecer, salió a contratar trabajadores para su viña». Esta es una parábola del Reino de los cielos, no se trata de los trabajadores, de las horas de trabajo, de las condiciones de trabajo, o de justos sueldos. Se trata del final de los tiempos y la venida del Reino de Dios. Y desde este domingo hasta Adviento, nuestras lecturas del Evangelio nos recordarán estar preparados para la venida de Dios.

Ahora examinemos de nuevo al Evangelio. ¿Cuál es el contexto social y desde qué perspectiva escuchamos al evangelio? ¿Qué verdad está enseñando? La gente con quien Jesús está hablando son los judíos, que habían sido llamados para trabajar en la viña del amo, podemos decir, desde del amanecer de la salvación. A través de las horas y aun hasta el atardecer cuando Jesús viene, él continúa llamando a la gente a trabajar en su viña.. Si respondemos como los primeros trabajadores respondieron, estamos diciendo que hemos trabajado tan fielmente para Dios que nos hemos ganado un lugar especial en su reino. Trabajamos para ese lugar y nos lo merecemos. Jesús nos está diciendo que nuestro Dios misericordioso da la salvación a todos aquellos que responden a su llamada, no sólo a los que respondieron primero.

Al escuchar esta parábola, debemos recordar su contexto y la perspectiva que Jesús nos da. San Pablo nos advierte, como advirtió a la gente en la Iglesia en Corinto, contra presumir al enfrentar a Dios. A ellos les dice, «así, pues, el que cree estar en pie tenga cuidado de no caer» (1 Corintios 10:12). ¿Cuándo nos examinamos a nosotros mismos, acaso no reconocemos que cada uno de nosotros es un pecador? ¿Puede cualquiera de nosotros decir, «Merezco el cielo, me lo gané?» De nuevo San Pablo nos recuerda, como les recordó en la Iglesia en Roma, «El pecado paga un salario, y es la muerte. La vida eterna, en cambio, es el don de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 6:23). ¿Alguno de nosotros quiere lo que nos hemos ganado en realidad? Yo sé que yo ciertamente no. En el atardecer cuando nuestro Señor Jesús venga, confío en su misericordia generosa. Gracias a Dios.